

mente. Los legados fueron Ossat y Duperron, y luego que dan al Pontífice la plausible noticia de que eran portadores, luego que á las puertas de la Iglesia de San Pedro abjuran arrodillados, á nombre del rey. sus errores, derrama copiosas lágrimas de alegría, dispone procesiones y rogativas públicas á que asiste descalzo, y despues de esto toda la ciudad se entrega á los trasportes del mas puro regocijo (1). En memoria de este acontecimiento, dice César Cantú, (tom. 4. pág. 787) fué erigida la columna de la plaza de Santa María la Mayor en Roma.

Así es como D. Juan Amador mancha cuanto toca.

A Clemente VIII, honor del Pontificado, nos lo presenta la historia adornado de todas las prendas que constituyen á un gran Pontífice y á un Santo Papa. Un solo defecto tenia y lo confesamos, porque no necesita el Pontificado de mentiras para sostener su buen nombre, ni yo quiero decir mas que la verdad: ese defecto fué el excesivo cariño á sus parientes. ¿Pero qué es esa debilidad, disculpable por mil títulos, comparada con tantas virtudes como poseia ese ilustre y santo Pontífice? Trabajó con un ardor asombroso por la conversion de los cismáticos de Oriente, por la paz de la Europa, por el restablecimiento de las buenas costumbres y de la disciplina, sin que lo hicieran desmallar nunca ni el peso de los años, ni las enfermedades, ni las rigurosas penitencias á que se entregaba. El, gefe de toda la cristiandad y lleno de gravísimos negocios, recibia y oía en confesion, como cualquier simple sacerdote, á todo el que llegaba solicitándolo.

¡Y Amador se atreve á llamar á Clemente VIII *conspirador contra la vida de Jacobo y de Isabel de Inglaterra!*

Paulo V.

Para prepararse á calumniar, segun su vieja costumbre, D. Juan Amador, comienza refiriéndonos un *hecho histórico* que no sé co-

(1) Recev tom. V, pág. 153.

mo ha llegado á su conocimiento; porque en ninguna historia, que merezca el nombre de tal, se encuentra consignado. Dice que á la eleccion de Paulo V precedió otra que hicieron cuarenta y cuatro cardenales en favor de Regio Domingo Tuschi, y al ser llevado á la Capilla Sixtina para ser saludado como Pontífice, hubo una revolucion provocada por Baronio de que resultó que volvieron al Cónclave y de ahí saliera electo Paulo V.

Y yo digo que todo eso es ensartar mentiras á mas y mejor. Haré, sin embargo, la justicia al Sr. Amador, de que no fué él quien compuso ese cuentecillo: lo hallo vestido con alguna gracia y con cierta apariencia de historia, y por eso no lo creo obra suya. Como quiera; esa es una falsedad y quiero hacerlo ver.

Segun lo que cuenta el Sr. Amador, ó el que lo cuente, Paulo V subió al Pontificado, merced á una intriga, ¿no es eso? Pues bien: oigamos á los historiadores. Comencemos por César Cantú: á nadie desagradará su testimonio. “Leon XI de la familia de los Médicis, no tardó en ceder el trono á Paulo V (Camilo Borghese). Pontífice muy estudioso ascendió á la tiara *sin ninguna intriga*, conoció su dignidad y se propuso realzar la autoridad moral del Catolicismo. Canonizó á San Carlos, aprobó las órdenes del Carmelo y de San Lázaro, quiso que el latin, el griego y el hebreo, se enseñasen en todas las órdenes mendicantes para rivalizar con las universidades de Alemania” (1) Lo mismo puede ver el Sr. Amador en Beaufort, (tom. 5 pág. 176) y en Bercastel (tom. 24) y en Mr. de Recev. tom. V, pág. 174.) Todos hablan de la temprana muerte de Leon XI y de la inmediata eleccion de Paulo V, que fué acogida con aplauso universal, y todos tributan mil homenajes de admiracion á la virtud, á la ciencia y á las grandes prendas de este Pontífice.

Hablan, sobre todo, de “las rápidas y nuevas conquistas que hizo el catolicismo bajo el estandarte del Papado” en Polonia, en Suiza, en Alemania, en Rusia, en el Congo, y en cien naciones mas. Por todas partes esa era la gran cuestion que agitaba á los

(1) Hist. Univ. tom. 4, pág. 825.

espíritus, esa la necesidad mas imperiosa de los pueblos, esa la arca de salvacion á que se consagraban millones de obreros evangélicos.

Dice el Sr. Amador que preparó Paulo V una tempestad contra Venecia.

Me he persuadido que el Sr. Amador, al escribir su cuaderno, si por acaso consultó la historia, donde leía *tiempo sereno*, escribía *tiempo nublado y tempestuoso*; donde paz, guerra; donde virtud, vicio; donde sí, no.

Hé aquí una cosa que confirma mis convicciones. La república de Venecia no vió en el Sr. Paulo V un Júpiter Tonante que le preparaba rayos y tempestades, sino, muy al contrario, un Pontífice á quien bendijo, porque terminó las discordias que en mala hora habian nacido entre los gobiernos de Roma y del Dux. Otra vez viene el célebre protestante Ranke á eleccionar al Sr. Amador. “Desde esta época las relaciones entre Roma y Venecia vinieron á ser, al menos en apariencia, lo que habian sido otras veces. Paulo V dijo al primer embajador que le envió Venecia: *Están terminadas las antiguas diferencias: es preciso vivir como nuevos amigos*. Alguna vez se quejó de que Venecia no queria olvidar lo que él habia olvidado hacia tanto tiempo; mas se mostró tan afable y conciliador, cual ninguno de sus predecesores.” (1)

Urbano VIII.

El nombre de este Pontífice ocupa un lugar muy distinguido, no solo en los anales de la Iglesia, sino tambien en los de la literatura, en los de la ciencia de estado, y en la historia de los bienhechores de la humanidad. Todo lo abarcaba su gran talento: lo mismo componia un poema que se entregaba á las tareas del teólogo y del filósofo. A su lado se hallaban siempre los hombres que con mas gloria cultivaban las ciencias y las letras. Llamó á

(1) Historia del Pap. tom. 3, pág. 430.

Roma á Leon Allaccio, á Lucas Holstein, á Abraham Echellensis y á mil otros. Su Pontificado así nos lo describe, en breves palabras, un historiador nada sospechoso y de una reputacion universal, el Sr. Henrion: “En tan dilatado espacio de tiempo (veintiun años) llenó este Pontífice todas las esperanzas que podian concebirse de un Papa virtuoso é ilustrado. Era piadoso, afable y modesto: quizá dejó demasiado valimiento al nepotismo: como aficionado á las bellas letras, que cultivaba él tambien, protegió á los sabios: mereció el renombre de *Abejo Ática*, por su conocimiento en el griego: sobresalió en la poesia latina y corrigió los himnos de la Iglesia. Con todo, la nobleza que se nota en sus diferentes obras, no compensa la falta de fuego é imaginacion.” (1)

Como Pontífice, sobre todo, igualó á sus mas dignos predecesores: sus desvelos por la conversion de los herejes y de los cismáticos y los magníficos resultados que alcanzó, lo han hecho como resaltar, digamos así, de ese cuadro brillante de los Papas. Ya se dejó entender que nada de todo esto nos dice Amador al hablar de este Pontífice. Se entretiene en contarnos que al saberse su eleccion, aparecieron tres pasquines. El primero en que *lo alababan*, el segundo en que *lo alababan*, y el tercero en que *lo alababan*; porque los tres se reducen (aunque esto no lo comprendió D. Juan Amador) á llamarlo la *abeja ática*, que era el gran nombre con que lo conocia el mundo literario, y á decir que daría miel á todos y á nadie heriría, como reina de las abejas.

Siguiendo de ahí su costumbre de entender al revés las cosas, añade Amador que Urbano quiso hacer la guerra á Eduardo Farnesio.

Los que tal cosa quisieron, fueron los Barberini, sin la aprobacion del Papa. Cuando Farnesio llevó á las puertas de Roma su infantería y sus ginetes, el Papa logró evitar la guerra y reanudar sus buenas relaciones con el duca de Parma. Oigamos otra vez á César Cantú: “El Papa que *no estaba instruido de nada*, se sorprendió al verle tan cerca.... y á despecho de las intrigas de los

(1) Historia del Pap. tom. III

Barberini, se firmó la paz en Venecia, y las cosas volvieron á su primer estado.» [1]

Y por fin, lo acusa de que condenó á Galileo y dejó sin decidir las controversias de la gracia y del libre arbitrio. En cuanto á Galileo, ya se ha contestado tantas veces lo que hubo sobre su condenacion, y está ademas tan fresca la respuesta que á este respecto dió al mismo Amador el Sr. Dr. Guerra, que juzgo inútil repetir lo mismo; y por lo que hace á las controversias que el Papa Urbano dejó sin decidir [en lo cual no concibo qué falta haya cometido este Pontífice, aun dado que haya dejado *sin decidir* algo,] no ha dicho el Sr. Amador sino otra mentira. La controversia mas ruidosa de aquellos tiempos, fué la que suscitó Jansenio en su libro *Augustinus*, y esa la dejó bien decidida Urbano, pues condenó el jansenismo en una bula que recibieron, llenas de júbilo y respeto, las naciones católicas, sobre todo España y su rey, que luego remitió su aceptacion en forma á sus súbditos de los Países Bajos. (2)

Inocencio X.

Ni este virtuoso anciano de ochenta años es respetado por el *Despertador*. Lo acusa de costumbres relajadas y de inepto para el gobierno.

Si es posible que á un calumniador de la clase del Sr. Amador, lo avergüence un mentís de un protestante, de un enemigo del catolicismo, debe avergonzarse de lo que va á decir Ranke. «Inocencio era un hombre que distaba mucho de tener cualidades comunes: En los cargos que habia tenido que desempeñar antes de su exaltacion á la Santa Sede, se habia mostrado activo, *irreprehensible* y leal. Cuando llegó á ser Papa conservó la misma fama (3).»
¡Cuán cierto es que los enemigos mientras mas instruidos y

(1) Tom. IV, pág. 228.

(2) Beauf, tom. V, pág. 213.

(3) Citado por Beaufort.

Fuertes son, se muestran mas justos y magnánimos, á la vez que los pequeños muestran ruindad y bajeza en razon directa de su pequeñez! Lleva el ultraje el Sr. Amador hasta asegurar que ese ilustre anciano vivia en torpes relaciones con su cuñada Olimpia Maldachini. No negamos que Olimpia tenia algun valimento en la corte de Inocencio; pero esto no parece extraño al que lee la historia y sabe que Olimpia auxilió con sus caudales á la casa de Pamphili á que pertenecia el Pontífice, cuando esa casa tenia graves compromisos pecuniarios. Inocencio X no hacia, al considerarla masque cumplir, con una deuda de gratitud. «Esto dió motivo, dice Bercastel, á los enemigos de su persona ó de sus decretos, para esparcir algunas nubes sobre sus costumbres. ¿Pero cuál es el Papa en quien no encuentran delitos los sectarios condenados por él?» [1]

Alejandro VII.

Lo que ha dicho D. Juan Amador de estos tres últimos Pontífices, no es mas que lo que divulgaron los jansenistas por vengarse de la Santa Sede que condenó sus perversas é hipócritas doctrinas. Ellos fueron los que atribuyeron una pasion incestuosa á Inocencio X, y ellos tambien los que, no hallando ni el mas ligero pretexto para murmurar de las costumbres en extremo rígidas é irreprehensibles de Alejandro VII, se desahogaron llamándolo devoto necio, infatuado con su ilustre nacimiento, y otras mil calumnias que siempre ha despreciado la gente sensata, y de que no ha hecho ningun caso la historia. Oigamos cómo se expresa Beaufort: «Al decir de *todos los historiadores* imparciales, este Papa fué un hombre de rectitud y de talento, dotado de las virtudes esenciales al sacerdocio y al Pontificado, firme, penetrante, muy versado con particularidad en las materias que falló; pero sostuvo sus decisiones con un vigor y una perseverancia que denotan claramente

(1) Tom. XXVI, pág. 115.

á que deben atribuirse los libelos y sátiras con que inundaron á la Francia y la Bélgica los novadores confundidos." (1) Eso pasaba en el siglo XVII. En el mismo siglo toda la sociedad se habia reido y divertido un poco con esa cólera impotente de los sectarios: despues nadie volvió á pensar en sus ahullidos. Pero hé aquí que en el siglo XIX, D. Juan Amador va y recoge esas sucias migajas y se alimenta con ellas, y quiere participar de su rico botín á la sociedad mejicana. ¡Oh, gracias! Muy buen provecho. No tengo ahora humor de decir mas al Sr. D. Juan.

SIGLO XVIII.

Inocencio XIII.

La gran falta que cometió fué, segun Amador, haber prometido cortar la fuente de las discordias entre jansenistas y molinistas, y no haberlo hecho. Y, continúa, fué tanto menos disculpable cuanto que supo á no dudarlo que los ritos idolátricos de la China continuaban aprobados por los misioneros residentes en aquel vasto imperio.

Es claro ¿quién lo duda?: fué tanto menos disculpable de no haber cumplido lo que prometió sobre jansenistas y molinistas, cuanto que en la China habia idólatras. ¡Qué lástima que Zamacois no haya visto eso para que lo rimara con la gracia que él acostumbra, en sus "Poesías disparatadas!" Eso me recuerda aquello de un poeta:

Tocando la lira Orfeo
Y cantando Jeremías,
Bailaban unas folias
Las hijas del Cebedeo.

Pero esto es no cumplir lo que prometi, como Inocencio XIII, que fué contestar seriamente al Sr. Amador. Dios me premia-

(1) Tom. V, pág. 115.

rá el esfuerzo y el sacrificio supremo que hago, para no ceder á cada paso á esta tentacion diabólica de reirme de las cosas del *Despertador*.

¿Quiere vd. saber por qué el Sr. Inocencio XIII no hizo cuanto era de esperarse de su brillante talento y de las intenciones que lo animaban? Porque los dos años de su Pontificado fueron para este Papa dos años de crueles sufrimientos, ocasionados por sus enfermedades. Y sin embargo de su debilidad y postracion física, oiga vd. el juicio crítico que de él hizo el conde de Albon: "Sin embargo supo inmortalizar su reinado: sus grandes virtudes y la ciencia del gobierno, lo habian hecho gran principe. Amóronle los grandes, y dieron á su muerte muestras del mas vivo pesar. El pueblo manifestó su dolor con lágrimas." (1)

Ademas, expidió la célebre bula *Apostolici ministerii*, en que resuelve muchas cuestiones de disciplina y manda la puntual observancia de los decretos del Concilio de Trento. (2)

Convengamos, pues, Sr. Amador, en que hizo algo y en que no dejó, como vd. dice, las cosas en el estado que las encontró.

SIGLO XIX.

Pio VII.

Uno de esos profetas que suelen anunciar la caida del Papado, dijo un dia á los católicos, mofándose de ellos: Guardad bien vuestro Papaembalsamadlo..... porque será el último. Y *el que habita en los ciclos se burló* de ese profeta, y dejó que el tiempo vengara á los católicos, cayendo una vez mas todo el peso del ridículo sobre ese tremebundo pronóstico. Ranke dice otra cosa cuando ve morir á Pio VI. "¿No podria creerse que habia concluido el Papado para siempre?" Pero Ranke lo dice poseido de admiracion al ver ese prodigio. Contempla atóni-

(1) Disc. sobre la Italia, tom. II.

(2) Bouf. tom. V.

to ese Solio de los Papas y exclama: ¡Todavía en pie el Pontificado!.... ¡Salud á la obra eterna de Dios!

¡Qué espectáculo se ofrece al mundo! La lucha de Bonaparte con Pio VI y con Pio VII.

El hombre que encadena á su carro triunfal á las naciones desfavoridas; el soberbio general de la república francesa, que juega con las coronas y con los reyes, como si fueran muñecos; el terrible soldado que hunde con su planta los tronos de la vieja Europa; el genio de la guerra, en fin, que lucha cuerpo á cuerpo y vence todos los obstáculos que acumulan á su paso los hombres y la naturaleza; se detiene sin poder avanzar ni una sola línea, ante la resistencia que le hacen dos ancianos indefensos, Pio VI y Pio VII. Vedlos. Es la lucha de la tiranía contra la libertad; de la fuerza brutal contra el derecho, del mayor de los poderes que ha habido sobre la tierra, contra el Pontificado Romano. El déspota amenaza, se irrita, se enfurece como un leon herido. ¡Pero en vano! Todo cede ante él ¡excepto Pio VI y Pio VII! Están en sus manos, puede despedazarles; pero hacer que cedan á sus locos y orgullosos caprichos, en menoscabo de la dignidad Pontificia y de la verdad católica, eso no podrá jamas.

Dejemos á Pio VI, á ese mártir glorioso, reposar bajo la tumba; y digamos una sola palabra de Pio VII.

Lo acusa D. Juan Amador de la conducta que observó con Napoleon. Acusar de eso á Pio VII, es no tener ni siquiera idea de lo que significan esas bellas palabras *libertad é independencia* de las naciones, libertad é independencia de la Iglesia y del Estado; acusarlo de eso es sentar plaza de esclavo, de defensor de las mas odiosa tiranía. ¿Sabe el Sr. Amador por qué Pio VII desenvainó la espada de S. Pedro contra el mas poderoso de los tiranos? ¿Por qué protestó cien y cien veces contra los actos de Napoleon? Fué porque mandaba sus legiones á pisotear las libertades de Italia, y sobre todo, de los Estados Romanos, violando su palabra; fué porque despojaba á la nacion que Pio VII gobernaba como soberano legitimo, de sus derechos

mas sagrados, de su independencia y libertad, para darla á un niño, como quien le entrega un juguete; fué porque quiso ser Jefe de la Iglesia, creando y nombrando obispos; y fué porque los soldados franceses violan en Roma todas las leyes divinas y humanas. Mandan con el látigo en la mano; amenazan reducir á escombros á cañonazos el Quirinal, si no cede el Papa á las exigencias del tirano de Europa; fuerzan y derriban las puertas de los palacios y entran á viva fuerza y se apoderan de la persona del Pontifice, y desprecian y se burlan de todo lo que mas aman los pueblos: sus leyes, su religion, su soberano, su Patria.

Por eso Sr. Amador, ese ilustre Pontifice resiste con toda la fuerza de su voluntad á Napoleon. Esa es la explicacion de su conducta, de esa conducta que V. censura, porque las preveniciones contra los Papas lo ciegan, porque la pasion y la calumnia, no la razon y la justicia, son las que lo han guiado en su *Despertador*.

Aquí debo recordar una cosa que muchos han olvidado ó no han sabido: mi amadapatria se indignó contra el Neron de los tiempos modernos, porque tuvo cautiva á la Cabeza del Catolicismo, y cuando supo su libertad, en medio de sus expansiones de júbilo, le mandó un rico y hermosísimo caliz con esta inscripcion latina grabada al pie:

Quam bene successit Petro Pius: Hostia Christi
Ambo: Nerone Petrus, Napoleone Pius.

Pio IX.

Tal vez no me creará el Sr. Amador; pero es la verdad lo que voy á decir. Me alegro, y hasta cierto punto le estoy reconocido, de que haya hablado mal del Sr. Pio IX; no por aquello de que "Si los sábios no aplauden malo etc," no, libreme Dios de decir tal cosa del Sr. Amador, sino porque me proporciona la ocasion de manifestar mis respetos, mi profunda adhesion y mi entusiasmo

por el Sr. Pio IX. Soy yo el mas insignificante de sus hijos: no le he visto ni le veré nunca seguramente; una distancia inmensa me separa de su persona, y sin embargo lo amo y lo admiro, como si alguna vez lo hubiera visto y se hubiera dignado bendecirme. Estoy seguro de que él tambien me ama y me lo diria sin duda si me viese, porque sé que es bondadoso y noble, y mas que todo, porque es mi Pastor y el Padre comun de los fieles. ¿Qué me importa que los que se avergüenzan de ser católicos, ó los que no lo son, no comprendan esto? Yo me glorio de serlo, y cumplo con un deber de mi corazon al saludar y bendecir á Pio IX. Si él pudiera oirme, tal vez nada le diria; porque no quiero que nadie, con razon ó sin ella, me tilde nunca de lisonjero, y porque yo solamente elogio cuando no me oye aquel de quien hablo.

El Sr. Amador acusa á Pio IX *de la sangre que por él se derramó y de los trastornos de Italia*; pues que él fué quien dió el primer movimiento y quien impulsó á la revolucion.

Se refiere el Sr. Amador, á lo que parece, á los primeros meses del pontificado de Pio IX, en que siguió su gobierno una marcha no bien definida ni bien comprendida. Empero, el Sr. Pio IX no merece por esto ningunos reproches. Sus intenciones eran puras y leales: su alma bella y generosa se mecía en la consideracion de una halagüeña perspectiva. Creyó que el perdon y los beneficios desarmarian á los enemigos de la Santa Sede, y que acabarian las facciones. Encontró divididos los ánimos y quiso unirlos, hirvientes las pasiones y quiso calmarlas. ¿Es culpable el que tal hace, el que gobierna con esas intenciones? No dió esa marcha el resultado apetecido, es cierto; ¿pero quién tuvo la culpa? ¿Fué Pio IX, abriendo su corazon y sus brazos á todos, ó fueron los que le daban el beso de Judas, los que recibian sus beneficios para tornarlos en otras tantas armas que le asestaban por la espalda? No, no fué Pio IX, Sr. Amador, el culpable de los sucesos ulteriores; fueron los ingratos que abusaron de sus favores y de su clemencia; fué la revolucion á quien nada satisface, la revolucion que se mostró imperiosa, insultante con el que le habia dirijido una palabra de paz y de reconciliacion.

Pio IX no dió el primer impulso á la revolucion, como dice el *Despertador*; estaba ya en carrera: es mas antigua de lo que cree el Sr. Amador. Pio IX lo que hizo, lo que intentó al menos, fué desviarla de la mala senda que llevaba, y encaminarla hácia la ruta del verdadero progreso, de la verdadera libertad, trazada por la escuela católica. Cuando vió que sus intenciones no eran comprendidas; que aquellos á quienes habia hecho gracia, levantándose el destierro ó sacándolos de las prisiones, hablaban mas alto de lo que convenia; que querian convertirse de súbditos en amos; que trataban de eliminar al Papa ó escudarse con su persona para llevar á cabo sus proyectos insensatos; entónces el Sr. Pio IX hizo lo que debia hacer el Rey y el Pontífice: levantar la cabeza y tomar una actitud digna y severa.

De allí no se podia pasar. Hasta allí habia hecho ver al mundo que era un príncipe bueno y liberal; un hombre que hacia el último esfuerzo por el afianzamiento de la paz pública y la fusion de los partidos, á fin de que no hubiera mas que católicos é italianos, y acabara para siempre toda otra denominacion odiosa y ruin. Pero "las tinieblas no lo comprendieron." Cayó en aquel instante una dulce esperanza, desprendida de su corazon, y en su lugar no queda mas que una decepcion amarga y dolorosa. Su resolucion es irrevocable: su deber le hace inexorable á todo pérfido halago de la demagogia: su dignidad, su buen nombre lo obligan á exclamar en alta voz, ante el cuerpo diplomático, *ante la Europa y el mundo entero*: (son sus palabras) *que no toma parte, que no entiende tomarse en los actos del gobierno á los que quiere permanecer enteramente extraño, prohibiendo que se sirvan de su nombre y que adopten en los actos de gobierno la fórmula ordinaria: Con aprobacion de Su Santidad.* Declinando así el Soberano Pontífice toda responsabilidad, la revolucion obra por su cuenta, y acepta todas las funestas consecuencias de su perfidia. Los bárbaros atentados que siguieron, son suyos, exclusivamente suyos, y la sangre, y las lágrimas, y la execracion universal y el baldon eterno, cayeron sobre su cabeza, porque ella misma lo quiso, como en otros tiempos el pueblo réprobo.

El Sr. Pio IX se retira de la ciudad ingrata, y al dejarla no tiene para ella mas que palabras de compasion. “Os recomendamos de todo corazon, dice al misnisterio, en una carta que escribe al salir, (24 de Noviembre de 1848) y descamos la quietud y el orden en la ciudad entera.” Diez y ocho meses permanece en su retiro de Gaeta, donde recibe la mas generosa hospitalidad del rey de las Dos Sicilias.

¿Qué mas podrian desear los enemigos del Papado? ¿No está ahí ya Roma en su poder? ¿No está Pio IX fugitivo, *vencido*? Sí, sí; aplaudid en vuestras tenebrosas orgias y cantad La Marsellesa. Esa es vuestra hora. El Papado ha caido....

Pero ¿qué sucede? Que os habeis engañado lastimosamente; que el momento del delirio ha pasado; que Roma sin Pio IX, es Roma decapitada; que sus convulsiones son las convulsiones de la muerte, y que es preciso que vuelva su Cabeza para que vuelva á la vida.

¡Arcanos de Dios! La democracia, la república francesa, vuelve un trono que habia usurpado la democracia italiana! ¡Providencia de Dios! Pio IX en el destierro, es mas grande, mas fuerte que Pio IX en Roma. Su causa es la causa de Europa, del mundo: las mismas naciones protestantes, como Inglaterra, tendrían á honra el hospedarlo y defenderlo. De todas partes llegan á Gaeta protestas de adhesion, de amor y respeto. Méjico es de las naciones que le ofrecen su suelo, y la que deposita en manos del Padre comun de los fieles, la suma de veinticinco mil pesos. ¡Siempre noble y generosa; siempre eminentemente católica! ¡Honor á Méjico! ¡Benditá sea la Patria mia!

Y Roma resucita, y recibe en triunfo al Papa-rey, y el Papado está ahí mas firme, mas glorioso que nunca. Otra vez y cien será combatido; pero no importa; él vencerá. Hoy mismo el huracan revolucionario azota esa barquilla terriblemente. Preguntad por Pio IX. ¿Qué hace? ¿Lo arredra esa tempestad? ¿Vale en su camino? ¡Oh, no!

Ved ahí su magestosa figura: ved su frente serena; sus labios entreabiertos por la sonrisa con que contesta al ronco fragor del

trueno. Es un anciano, pero robusto piloto, que ha pasado su vida arrullado por las olas y por las tempestades. Tiene confianza en su barca; la conoce hace muchos años ¡y no zozobrará! También los católicos la conocemos, y por eso estamos tranquilos, por mas que nos exageren los peligros.

Pero Pio IX *nada hace ni hará en el orden religioso*, dice D. Juan Amador. ¡Qué gracioso es este Sr. Amador! ¿De dónde habrá caido que tan escaso se halla de noticias? Todo lo que sabe que ha hecho el Sr. Pio IX, es la *introduccion del nuevo misterio de la virginal concepcion de Maria*, que tan solemnemente aplaudieron los *tontos y los fanáticos*.

Nada mas que eso ha hecho, ¿verdad? Y luego, ¡mire vd. qué friolera! Cosas al fin para *tontos y fanáticos*. Por eso en Méjico al saberse la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion de Maria, no aplaudieron ni celebraron tal acontecimiento mas que los *tontos*, es decir, las Universidades, los Colegios, los Institutos literarios, las Ordenes religiosas, el cuerpo de abogados, el claustro de doctores, el comercio, el gobierno, los escritores públicos, los poetas, los artistas, todas las clases, el pueblo... y nadie mas. Los que no aplaudieron ¡oh! esos sí fueron muchísimos, y sobre todo, los *sabios*; á saber: el Sr. Amador, y.... el Sr. Amador. Y á esos *tontos* vaya vd. á preguntarles por qué aplaudieron. ¡Por nada! Porque vieron realizados los deseos de cien generaciones; porque vieron que lo que pidieron con tanta instancia los siglos, y la tradicion y los Padres de la Iglesia, desde Orígenes hasta Santo Tomás, San Bernardo y Bossuet, tuvo lugar en el Pontificado del inmortal Pio IX.

“No eran, pues, dice el abate Gaume, espíritus débiles todos esos padres de la Iglesia, todos esos teólogos, lumbrera de sus siglos, y la admiracion de la posteridad, quienes sostenian con tanta elocuencia, quienes creian con tanta sinceridad, esta augusta prerogativa de Maria. No eran espíritus débiles todos esos doctores de las universidades católicas de Francia, Inglaterra, España é Italia, que hacian profesion de creer en la Inmaculada Concepcion de la Madre

de Dios, y quienes se obligaban por juramento á defender esta creencia. Los espíritus débiles son esos *grandes genios* que corren las calles, y quienes vituperan y rechazan lo que no conocen, únicamente por que no conviene ni á su débil razon, ni á su depravado corazon." (1) Parece que el abate Gaume estaba viendo el *Despertador*, y que escribia para el Sr. Amador.

Perdone vd., pues, á los *tontos* que hayan aplaudido, y á Méjico no lo abruma mas con su indignacion, porque levantó arcos de triunfo y tejió mil coronas para la frente de la Purísima, de esa Virgen á quien él ama como ningun pueblo de la tierra.

Es disculpable, otra vez perdon: Méjico creyó lo que todos esos *tontos* de que habla el abate Gaume, y, mas que todo, todavia no venia "*El Despertador*" á ilustrarnos. ¡Misericordia, Sr. Amador! Y deme el permiso de decirle que no sabe vd. lo que dice, cuando llama á ese dogma *un dogma nuevo*. No hay dogmas nuevos en el catolicismo. Ya oyó vd. cuán antigua es esa creencia. Data desde San Agustin, desde Orígenes, desde el establecimiento del catolicismo, desde aquel que escribió: "Toda eres hermosa. No hay en tí la menor mancha;" desde aquel que dijo: "Una muger quebrantará tu cabeza," y no podia quebrantarla si alguna vez ella, María, hubiera sido esclava de la serpiente; desde el origen de los tiempos; desde la eternidad. No hay dogmas nuevos, mi Sr. Amador: todo lo que hay es que que antes del Sr. Pio IX, era un dogma de fé implícita, y hoy es de fé explícita, ó si vd. todavia no lo entiende, antes no incurria en la nota de herejia el que no profesaba esa creencia, y hoy si incurre en una tan grande como un templo; porque el Espíritu Santo así lo ha querido, manifestándonos su voluntad soberana por conducto del Vicario de Jesucristo sobre la tierra, que es infalible en este particular, como ya se lo he demostrado.

Este solo acontecimiento ha cubierto á Pio IX de inmortalidad. Su nombre se pronunciará mientras se celebre la fiesta de la Inmaculada Concepcion, y esta fiesta se celebrará mientras el sol nos alumbre y el mundo exista.

(1) Tom. II. pág. 437 del Catec de Persev.

Pero eso es únicamente lo que ha hecho Pio IX, repite Amador.—Prometo regalarle un libro que anda por ahí y que se llama el *Syllabus*; para que vea *algo* de lo que ha hecho el Sr. Pio IX, y no vuelva á decir *que nada ha hecho*. No es nada efectivamente. La resolucion de los grandes problemas que mas agitan al mundo; la condenacion de todos los errores de las modernas escuelas; la sentencia de muerte del racionalismo, y la proclamacion neta del principio de autoridad. Y si vd. quisiere saber *qué mas ha hecho*, le recomiendo "*La Vie et portrait de Pie IX*," por Félix Clavé, "*La Revolucion de Roma*" por el conde Fabraquer, La Historia de la misma Revolucion por Balleidier, "*La Italia Roja*" por Arlincourt, y..... eso hasta para que vd. se instruya y no se exponga á que lo desmientan por ahí los *tontos y fanáticos*.

Pocos Pontificados tienen anales tan gloriosos como el del Sr. Pio IX: pocos Pontífices recordará la posteridad con mas orgullo que al que actualmente ocupa la Santa Sede. Su largo reinado, sus padecimientos, su perenne batallar, sus eminentes virtudes, sus tareas y sus desvelos por las reforma de las costumbres y por el engrandecimiento de la religion; sus obras de beneficencia y las inmensas mejoras que ha hecho en el órden religioso y en el órden político, y mas que todo, su fé ardiente en la santa causa que defiende, su energía, su valor á toda prueba, le han conquistado un asiento entre los grandes hombres, y un título á las bendiciones de los presentes y de los venideros.

El Papado ha recibido de sus manos un nuevo lustre, y la Iglesia católica, cuyo victorioso estandarte ha empuñado Pio IX por veinte años, se alentará en lo futuro y se llenará de ardimiento, en medio de los combates, cantando las glorias y los hechos de su antiguo Gefe, de Pio el Grande.